

LANZAROTE Y FUERTEVENTURA EN LA RUTA DE LOS
VIAJEROS INGLESES

JOSÉ LUIS GARCÍA PÉREZ

A lo largo de los siglos el hombre ha sentido la necesidad de viajar, de trasladarse de un lugar a otro de muy diversas maneras y por muy diferentes motivos. Los viajes son una de las mayores experiencias de la vida de una persona y también de las sociedades. En cuanto a las formas de viajar, ha sido el adelanto de cada una de las centurias el que ha fomentado el procedimiento respectivo. Sin embargo, los motivos o causas de estos desplazamientos han sido varios desde un primer momento. Hay quien se traslada de un lugar a otro por asuntos de negocios, otros son de tipo aventurero o bien político, en tanto que existen algunos que lo hacen por un objetivo investigador, y ya últimamente como meros turistas con afán de conocer nuevas tierras y nuevas gentes. En ocasiones estas personas, bien por enamorarse de ese sitio que visitan o por razones de comodidad, dejan de serlo y se asientan allí.

Las Islas Canarias han recibido a lo largo de los siglos todo tipo de viajeros. Así a ellas se acercan los comerciantes que ven en su tierra un filón para sus negocios; los aventureros que recalán por sus costas en busca de lo inesperado; los políticos, huyendo de su propio país o exiliándose en las islas; el investigador, que descubre un paraíso en todos los aspectos naturales del suelo y cielo canario, y como no, los turistas que han formado y forman parte de una buena base de nuestra economía. La relación de estos visitantes sería muy amplia, porque han sabido de la existencia de un auténtico relicario de la región macaronésica, cercana al continente africano, pero con otro clima, costumbres y tradiciones, y la han elegido como parada y fonda para aventuras de más amplios horizontes.

Dentro de los miembros de estas nacionalidades que arriban al Archipiélago destacamos a los ingleses, porque siempre han sido grandes viajeros, buenos marinos, navegaban por todos los mares como grandes políticos y comerciantes, sabiendo combinar el imperio y el emporio. Ellos, antes que ningún otro país occidental, comprendieron que el periplo organizado podía y debía ser una pieza esencial de la educación. Desde un principio, la aristocracia inglesa comprendió la importancia del viaje para formar a sus herederos, desde estas premisas era lógico que muchos de ellos produjeran interesantes cartas, o informes que a veces terminaron en libros. Estos escritos son sumamente interesantes como testimonio, a la vez, de lo que ellos veían en

otros países, y también de la mentalidad con que hacían sus observaciones. Es realmente un mundo apasionante; leer estos relatos es partir para un viaje intelectual, de otra parte con ellos contribuyeron a dar a conocer nuestras islas al mundo entero, al tiempo que incitaban a los otros extranjeros a visitarnos.

Desde el siglo XVI comerciantes británicos dieron lugar a una primera afluencia de forasteros a Canarias. Existe en ellas una realidad geográfica que atrae a los más distinguidos naturalistas y científicos, y una realidad histórica que a lo largo de cinco siglos ha conformado un enclave europeo en una zona privilegiada del planeta, paso entre tres continentes. Por supuesto, tanto Lanzarote como Fuerteventura, a pesar de su lejanía y de esa mala comunicación que siempre ha existido con las islas principales, han tenido también la suerte de recibirlos, pues de una manera imborrable supieron desde muy temprano destacar sus nombres, y contar sus excelencias, así como sus constantes problemas al mundo entero.

1. Desde el siglo XVI al XVIII el tipo de viajero que más se acerca a Lanzarote y Fuerteventura es el comerciante, que en cierto sentido es un aventurero, pues en principio se arriesga ante lo que pueda sucederle, aunque luego, una vez establecido y con el éxito conseguido, se presenta como un verdadero negociante. Podríamos destacar al mercader de azúcar Thomas Nichols, que procedente de Gloucester, Inglaterra, con sólo 24 años se acercó al Archipiélago Canario en 1556, estableciéndose en un principio en Tenerife, concretamente en La Laguna, donde vendía paños y telas que recibía de Londres ¹.

Se convierte en una especie de mayorista y trafica con algunas islas, y después de unos años desgraciados por asuntos con la Inquisición regresa a Londres hacia 1568. Ya en su tierra, hacia 1583 escribe su *Descripción de las Islas Canarias*, donde relata todo lo acontecido aquí. En su narración, las islas orientales están presentes, éstas son las palabras que Nichols les dedica:

«La isla de Lanzarote está a 18 leguas de distancia de Gran Canaria hacia sureste. La única producción de esta isla consiste en carne de cabra y orchilla. Es un condado y pertenece a Don Agustín de Herrera, con el título de conde de Fuerteventura y de Lanzarote. Pero los vasallos de este condado pueden, en cualquier caso de injusticia, apelar a los jueces del Rey, que residen en Canarias, como queda dicho más arriba; porque, aunque el Rey haya reservado para sí solamente las tres islas fértiles llamadas Canaria, Tenerife y La Palma, también ha reservado para sí mismo la vara de justicia, porque de otro modo los vasallos podrían ser maltratados por su señores. De esta isla se traen cada semana a Canaria, a Tenerife y a La Palma botes

¹ CIORANESCU, A.: *Thomas Nichols, mercader de azúcar, hispanista y hereje*, La Laguna, 1963, pág. 15.

cargados con carne seca de cabra, llamada tocinetas, que sirve en lugar de tocino y es muy buena de comer. Esta isla está en 26 grados y su largo es de 12 leguas ²».

Por otro lado cuando comenta sobre Fuerteventura dice:

«La isla de Fuerteventura está a 50 leguas de distancia del promontorio llamado Cabo de Guer, en tierra firme de África, y a 24 leguas de distancia de Canaria al Este. Esta isla pertenece al Señor de Lanzarote. Es medianamente fértil en trigo y cebada, y también en vacas, cabras y orchilla. En la parte del Norte tiene una isla pequeña, a una legua de distancia de la misma isla grande, con un canal entre las dos, navegable para toda clase de navíos; esta isla se llama Graciosa. Tanto Fuerteventura como Lanzarote tienen poco vino de su propia cosecha. Está en 27 grados. Todo esto lo he escrito sobre estas siete islas por experiencia, porque he morado en ellas, como lo he dicho más arriba, por espacio de siete años, como empleado de Maestre Lock, Maestre Anthony Hikman y Maestre Castlin, que eran en aquellos tiempos mercaderes conocidos y de mucho crédito en la ciudad de Londres ³».

Su *Descripción* pasó a formar parte de la famosísima colección de libros de viajes dirigida por Hakluyt, que ha asegurado una amplia difusión del estado y costumbres del Archipiélago.

El otro ejemplo destacado de aventurero y al mismo tiempo comerciante es George Glas, que consideramos archiconocido en estas islas, ya que su obra principal, *Descripción de las Islas Canarias* (Londres, 1764), surgida de sus negocios y contactos con el pueblo, tiene a Lanzarote y Fuerteventura como principales protagonistas. De hecho el relato se abre con el capítulo dedicado a las islas orientales que continúa en esta línea, hasta el capítulo V, preocupándose por el clima, suelo y productos de ambas, así como de sus habitantes, sus modos de vida, maneras y costumbres. En ocasiones George Glas se muestra duro con dichos hábitos, por ejemplo cuando indica: «Los campesinos valoran mucho su dieta de gofio y se enorgullecen de ello, y desprecian a los de las otras islas que comen pan. Apenas beben vino, y casi ninguna otra cosa que agua. Su ocupación es arar la tierra, sembrar y recoger maíz, así como otras labores de ganadería. Hay pocos hombres artesanos en Lanzarote y Fuerteventura; pues sus vestidos están casi todos hechos por las mujeres; los muebles y menaje de la casa se traen de las otras islas. No hay sino unos pocos frailes y ninguna monja en estas islas; sin embargo no carecen de sacerdotes, pues hay varias iglesias parroquiales y una Corte baja de la Inquisición en cada una de las islas, para prevenir la herejía; de manera que la religión de la iglesia de Roma es la única que profesan. La gente rica es muy contraria a dejar su país, pues no tiene la menor

² *Ibíd.*, pág. 120.

³ *Ibíd.*, pág. 122.

curiosidad por viajar y ver el mundo. Muy pocos de ellos visitan España, y ni siquiera Canaria excepto cuando tienen que atender por obligación sus procesos en aquella isla. Un caballero aquí, que posea unos cuantos acres de terreno, una docena de ovejas, un par de asnos y un camello, preferiría vivir toda su vida comiendo gofio que irse a la aventura a las Indias Occidentales españolas para mejorar su fortuna con el comercio o cualquier otro empleo: incluso se podría imaginar que con tal empresa se desgraciaría a sí mismo y a su familia para siempre. Y, sin embargo, no se avergonzaría de oprimir a los pobres campesinos, y engañar bajamente o aprovecharse de los forasteros, con el fin de apoyar lo que se llama «rango» en estas islas, lo cual, entre la clase de gente a quien me refiero, consiste exclusivamente en no trabajar o en cabalgar una corta distancia montado en burro, atendido por un sirviente harapiento, en vez de ir a pie; éstos son los detalles en los que se distinguen ellos mismos de la gente del pueblo ⁴».

Al finalizar uno de los capítulos, George Glas retrata en pocas palabras lo que a lo largo de siglos el forastero ha pensado sobre el nativo de algunas islas respecto a ciertas actuaciones, como la siguiente: «Cuando preguntamos el precio de cualquier cosa, por ejemplo, ovejas, aves o cerdos, su respuesta más corriente suele ser la que sigue: «Para la gente del país, las vendemos a tal precio; pero para los extranjeros no podemos venderlas por debajo de tal otro». Esto basta para mostrar su poco hospitalaria y brutal disposición ⁵».

Leer a George Glas, en especial por la gente de Lanzarote y Fuerteventura, es volver a un pasado quizás perdido, pero que vale la pena volver a recordar.

2. Cuando el siglo XIX asoma en Canarias acude a ellas la más variada gama de los viajeros ingleses, que van desde el mismísimo aventurero hasta el turista, pasando por los investigadores, literatos y pintores. Cada uno de estos tipos humanos se va interponiendo a lo largo de esta centuria, pero, sin embargo, creemos que es la investigación la que marca la pauta, ya que verdaderamente son los científicos, en puridad, los descubridores de las condiciones naturales de las islas e incluso los pioneros en el movimiento turístico.

No obstante, se sabe que las comunicaciones en un principio no eran regulares y que sobre todo las islas orientales como Lanzarote y Fuerteventura se encontraban a veces expuestas a visitantes que osaban luchar con las inclemencias del tiempo, en especial con el viento, dependiendo de éste que la travesía durara a veces más de lo esperado; sin embargo, hay unos fieles investigadores que saben vencer con paciencia y fuerza estos duros elementos y eligen estas tierras como lugar de trabajo y estudio, de hecho son consideradas en algunos libros como «más allá del polo de la civilización». Los

⁴ GLAS, G.: *Descripción de las Islas Canarias* (Trad. Constantino Aznar Acevedo), I.E.C., Tenerife, 1982, pág. 38.

⁵ *Ibid.*, pág. 51.

primeros enlaces eran dificultosos, los pocos que habían eran realizados precisamente por barcos ingleses que hacían la ruta norteafricana; son éstos los que en 1888 fundan la «Compañía de Vapores Correos Interinsulares de Canarias»⁶ con capital británico; los barcos tocaban cada uno de los puertos de las siete islas dos veces a la semana, pero como la única preocupación del gobierno español se centraba en Santa Cruz de Tenerife y Las Palmas, los otros puertos fueron un tanto marginados, descuidándose las condiciones de alojamiento y de alimentación, siendo los propios visitantes los que tienen que sufrir estas inconveniencias.

A pesar de todas estas vicisitudes, podemos afirmar que el siglo XIX se ha de considerar interesante para todas nuestras islas; se va a leer el nombre de todas ellas en tierras europeas y americanas, se va a comentar su belleza, contemplada bien a través de pinturas o a través de los libros de viajes, y por supuesto se va a palpar el ingente material que los naturalistas y científicos se llevan de nuestras tierras para adorno y comentarios en los museos europeos.

2.1. De este primer grupo de viajeros del siglo XIX, hemos de subrayar la presencia de dos aventureros que hacia 1811 ya se encontraban en las islas orientales.

El primero de ellos es Mr. George Hart, un inglés instruido y afable que había llegado a Lanzarote casi como un exiliado, puesto que, siendo redactor de cierto periódico en Londres, agravió al Príncipe Regente; más tarde, Jorge IV, por lo que fue desterrado y enviado a esta isla. Aquí contrajo una rara enfermedad, un tumor escrutuloso en el cuello, que le ocasionó la muerte, siendo enterrado en el Arenal del Isote del castillo de San Gabriel, porque era hereje. La prensa canaria de 1840 recuerda este suceso y comenta: «quizá algún día los habitantes de Lanzarote sentirán haber sepultado como a una bestia al instruido redactor»⁷.

El otro personaje, que cabe incluir dentro de los aventureros, es Mr. James Miller, que al parecer llegó a realizar una buena labor en pro de las gentes de Fuerteventura. Este británico se había casado con una majorera y se había instalado en una bonita casa de campo levantada al estilo inglés, pero viendo que en un principio sus vecinos no le imitaban en el estilo arquitectónico, comenzó a instruirlos y a explicarles las ventajas de edificar en aquella forma. Al fin, pudo convencerlos y siguieron su ejemplo, llegando a construir una hermosa calle que, al parecer, era digna de las grandes ciudades; se preocupó también por la erección de la iglesia y aconsejándoles sobre su fábrica. Durante mucho tiempo, desde 1811, se construyó con cierto orden y el propio inglés delineaba las calles, de tal manera que el aspecto del entonces Puerto de Cabras, hoy Puerto del Rosario, lugar de trabajo de Mr. Miller, fue cambiando hasta el punto de que muchos desde la costa, si hacía

⁶ Anuarios de Estudios Atlánticos, 1972, Las Palmas, núm. 18 (Riedel, Uwe: *Las líneas de desarrollo del turismo en las Islas Canarias*), pág. 508.

⁷ Periódico «El Isleño», 14 de enero de 1840, Santa Cruz de Tenerife.

tiempo que no visitaban el lugar, dudaban de que aquello fuera Puerto de Cabras⁸.

Otro motivo, muy distinto al anterior, es el que induce hacia Lanzarote y Fuerteventura a científicos de la época. Entre ellos sobresalen el gallo Berthelot y el inglés Philip Barker Webb, que era realmente el principal artífice de toda la investigación, aunque la historia canaria lo haya olvidado un poco, eclipsado por la figura del francés Berthelot, que permaneció más tiempo en el Archipiélago y pudo granjearse más amigos, quedando relegado el eminente Barker Webb a un segundo plano no merecido. Sería interesante un estudio más profundo sobre su figura y analizar el perfil de sus respectivas investigaciones. Cartas manuscritas de ambos que se conservan en archivos ingleses nos devolverán la realidad de tal merecimiento.

Philip Barker Webb con sus continuos viajes se había formado un gran espíritu de observación y de estudio. Atraído por la naturaleza del Archipiélago y por el empeño de Berthelot, abandonó la idea de continuar viaje hacia Brasil y se dedicó de lleno a conocer estas tierras, ocupando su tiempo en la búsqueda de datos para realizar lo que sería una de las grandes obras para la historiografía insular: la *Historia Natural de las Islas Canarias*. Es precisamente con la llegada de Webb cuando se emprende en ellas una seria recolección de plantas y cuando se hace verdaderamente un estudio sistemático de las mismas. Con el paso del tiempo, aún hoy, sigue siendo esta obra una pieza clave en la bibliografía científica. Sus autores se ganaron la más justa gratitud del pueblo isleño.

Ambos investigadores llegaron a las islas orientales un 21 de mayo de 1829 a bordo del navío Trinidad, comentando ellos que el puerto de Arrecife, sin discusión alguna, era el mejor de todo el Archipiélago. Pasaron dos meses allí y una de sus descripciones señala: «En Lanzarote no hay nada verde, y la yerba sólo brota después de las lluvias de otoño. El campo después de la cosecha, no es más que un desierto de piedras, y sólo de tarde en tarde se encuentran raquílicas plantas ocultas entre los huecos de las peñas. No hay allí fuentes ni límpidos regatos: tampoco hay herbazales, ni matorrales, sino el paisaje seco y desnudo como el Sahara»⁹.

En su afán de trabajar e investigar, utilizan al burro como animal de carga y traslado y para él también van palabras de elogio, diciendo: «los asnos de Canarias, sobre todo los de Lanzarote y Fuerteventura, no son ciertamente animales degenerados: uno descubre en ellos los caracteres de casta y un cierto aire salvaje que recuerda el tipo primitivo; llenos de fuerza y viveza, los más impracticables caminos no detiene su fogosidad. El que me ha correspondido tiene los andares de un onagro y piafa como un caballo de picadero»¹⁰.

⁸ Ibíd.

⁹ BERTHELOT, S.: *Primera Estancia en Tenerife (1820-1830)* (Traducción Luis Diego C.) A.C.T., Tenerife, 1980, pág. 124.

¹⁰ Ibíd., pág. 125.

Tanto Webb como Berthelot visitan la Graciosa y en ella encuentran la mayor felicidad de este mundo, por la tranquilidad existente. Desde Lanzarote se trasladan a Fuerteventura en una travesía que duró cuatro horas, indicando: «Puerto de Cabras es un mercado de barrilla y cereales. Algunas casas han comenzado a alinearse a lo largo de una costa hasta hace poco desierta. Van abriéndose calles, pero la isla carece de agua. Las tres cuartas partes del año los campos secos y baldíos presentan el más desolador aspecto. El nombre de Herbania con que en otro tiempo fue conocida esta isla parece más bien un sarcasmo» ¹¹.

Con un mejor y más perfecto conocimiento de la figura de P. B. Webb, Canarias entera le estaría rindiendo un homenaje. En el momento de su desaparición estaba considerado como uno de los más destacados botánicos de su tiempo y quizá como el más erudito. Un hombre de gran inteligencia y memoria, con un afán por la investigación y un gran amor por los viajes, que le aportaron sabiduría. Su importancia ha sido tal que su nombre ha sido añadido a muchas nuevas especies, de ahí que algunas tengan el calificativo de *Webbia* o bien el epíteto *Webbii* o *webbianus*. Por todo lo realizado, su nombre figura en las más brillantes letras de oro dentro del campo de los estudios sobre Canarias ¹².

Dentro de la Geología, es de destacar en Canarias la figura de Charles Lyell que hacia 1856, siendo presidente de la Linnean Society en Londres, vino a conocer «in situ» lo que para él había sido una obsesión a lo largo de su vida: las islas volcánicas. Por supuesto que Lanzarote y La Palma fueron sus predilectas a la hora de elegir, y en sus obras, que llevan casi siempre el calificativo de «On the Volcanic Islands», éstas juegan un importante papel. Los trabajos de Charles Lyell eran leídos con vivo interés por los estudiosos de estos temas, en especial Charles Darwin, naturalista que sintió grandes deseos de visitar el Archipiélago.

Tanto sus obras de contenido volcánico como sus conocidas *Elements of Geology*, que tuvo muchas ediciones y fue texto importante en varias universidades inglesas y americanas, recorren el mundo entero, sobre todo en manos de geólogos. De esta forma creemos que Lyell debe formar parte de la bibliografía básica de nuestros geólogos.

En el terreno de la entomología hay un nombre inglés que destaca, Thomas Vernon Wollaston, que hacia 1847 había elegido Madeira como lugar de residencia fija ¹³. Físicamente débil, a causa de una dolencia pulmonar que le llevará a una temprana muerte, también se va a acercar a Lanzarote y Fuerteventura para llevar a cabo un verdadero trabajo de investigación sobre las especies de estas islas. Todos estos estudios se conservan actualmente en las dependencias del British Museum, que fue la entidad que subvencionó todos sus viajes.

¹¹ *Ibid.*, pág. 128.

¹² STEARN, W. T.: *Philip Barker Webb and Canarian Botany*, London, 1973, pág. 16.

¹³ GILLISPIE, Ch.: *Dictionary of Scientific Biography*, New York, 1889, pág. 563.

Trabaja en las islas orientales en compañía del reverendo Lowe, que influía mucho en él y que en cierta manera fue quien le animó en un principio a visitar las islas, contando en todo momento con la ayuda de otro gran investigador, John Gray, que había puesto su yate «El Miranda» a su servicio para el desplazamiento a Canarias. Cuando en 1858 Wollaston llegaba aquí ya conocía algo de estas tierras a través de la obra de Berthelot y Barker Webb, pero realmente pronto quedó desanimado ante tal empresa, pues una vez establecido se dio cuenta, desde su punto de vista como entomólogo, de las grandes equivocaciones que los dos antedichos estudiosos habían cometido, sobre todo en las especies de las islas menores, al titularlas en ocasiones con el nombre de «Teneriffan» simplemente porque las muestras eran enviadas desde esta isla, y no porque pertenecieran a ella, originando así un gran error que en cierto sentido Wollaston quiso paliar. Su tarea fue amplia, pero expresamente dedicó mayor atención a la Coleóptera, llegando a dar una exhaustiva lista de todas las especies¹⁴ y llevando todos los ejemplos a Londres. Al mismo tiempo, el entomólogo se sintió también atraído por la propia formación de las islas, llegando a la conclusión de que habían partes de ellas sumergidas y lo que quedaba era la cúspide de las mismas.

Hacia 1859 volvió a residir en Lanzarote; en esta ocasión se estableció por mayor tiempo, pues observó que podía trabajar en lo que llegaría a ser un destacado estudio, y a la vez mejoraba en su salud. Verdaderamente, se puede decir que con Thomas Vernon Wollaston se consigue una de las mejores investigaciones entomológicas de Canarias.

2.2. En otro orden de cosas nos encontramos ahora con el turista, la persona que viene sin otra misión que la de admirar el paisaje, pero que en ocasiones se convierten en unos visitantes especiales, porque de esa visión detallada de las cosas que ante sus ojos se exponen van a surgir unas acuarelas o unos libros que forman parte de esa literatura de viajes tan desarrollada a lo largo del siglo XIX.

Estos libros o cuadros de los viajeros ingleses son sumamente interesantes, como testimonio, a la vez, de lo que ellos veían en nuestro país y también de los ojos con que hacían la observación. De esta manera tanto Lanzarote como Fuerteventura formaban parte de sus capítulos, o de sus exposiciones, y se lanzaba su nombre al mundo entero, descubriéndose con ellos las posibilidades de nuestras islas en materia turística. Por una parte el paisaje, por su luz y por su exotismo, características que los victorianos buscaban, y por otra, el costumbrismo canario van a ser dos de las bases en las que el inglés va a centrarse. Gracias a ellos existen hoy bellas descripciones literarias y pictóricas de nuestro entorno que se encuentran en las bibliotecas y galerías londinenses.

Cronológicamente, el primero de estos turistas-artistas que encontramos es Alfred Diston, que llega a Tenerife en 1821 y se instala en el Puerto de

¹⁴ WOLLASTON, T. V.: *Catalogue of the Coleopterous Insects of the Canaries*, London, 1864, pág. 5-6.

la Cruz. Es éste un visitante especial, porque en él, aparte de ser artista, se encuentran reunidos todos los diferentes tipos de viajeros; aparece al principio como aventurero, que luego tuvo éxito en el comercio y reside permanentemente en nuestras islas, para mostrarse después como botánico, investigador, pintor, literato y en ocasiones político. Es un hombre que aprovecha la visita de cualquier instruido inglés para estar a su lado y colaborar en sus trabajos, tal como ocurrió con Webb, J. J. Williams, Piazzi Smyth o Elizabeth Murray.

Sin embargo, consideramos que Alfred Diston dedicó la mayor parte de su tiempo y hasta el fin de sus días a los temas folklóricos canarios, escribiendo y pintando sobre él. Buena prueba de tal aserto son las *Costumes of the Canary Islands* (Londres, 1829), donde se presentan todos los trajes típicos del momento.

Lanzarote y Fuerteventura están en sus láminas, y aprovechando la vestimenta típica en el *Winter Dress of Lanzarote* y en el *Natives of Fuerteventura*, pone como fondo unas notas del paisaje de cada una de las islas representadas, mientras unas notas descriptivas intentan dar una ligera versión de las mismas, así de Lanzarote dice: «Los nativos de esta isla son en general fuertes, de oscura tez y muchos de ellos ofrecen una mezcla de sangre mora con la española». En tanto que de Fuerteventura estas son sus palabras: «Los nativos de Fuerteventura son huesudos, bien proporcionados, pero algo enjutos, secos y muy morenos»¹⁵.

También debemos observar que Diston no sólo se sintió atraído por los temas folklóricos sino que, también apuntaba en sus diarios y cuadernos todo lo que diariamente acontecía en Canarias, tomando notas anecdóticas y hasta la temperatura diaria en el Puerto de la Cruz, sin olvidar los versos festivos que se producían en las fiestas populares.

Después de 156 años de esa obra precursora del folclore canario, aún sigue siendo hoy una pieza clave a la hora de elegir los trajes insulares, y por supuesto, Alfred Diston, sigue vivo en la mente de los que siempre se han sentido preocupados por la conservación de aquél.

Desde 1850 a 1860 nos visita una dama victoriana que viene en principio en funciones diplomáticas acompañando a su esposo, se trata de Elizabeth Murray, autora de *Sixteen Years of an Artist's Life in Morocco, Spain and the Canary Islands* (Londres, 1859). Aunque sabemos que Mrs. Murray no visitó las islas orientales, sin embargo, es de destacar que dedica el último capítulo de su obra a Lanzarote y Fuerteventura, volviéndonos a narrar las hazañas de George Glas; por otro lado, en un apartado del libro dedica unos «Historical Sketches» para narrar la historia de todas las Islas Canarias¹⁶.

En el capítulo de los escritores, donde realmente debemos detenernos es en la figura de Olivia Stone que en sus trabajos *Teneriffe and its six sa-*

¹⁵ DISTON, A.: *Costumes of the Canary Islands*, London, 1829.

¹⁶ MURRAY, E.: *Sixteen Years of an Artist's Life in Morocco, Spain and the Canary Islands*, London, 1859, pág. 203; 205.

tellites (2 volúmenes) (Londres, 1887), escribe ancha y detalladamente sobre Lanzarote y Fuerteventura, contándonos todas sus andanzas en dichas tierras y no dejando fuera de él cualquier dato anecdótico y costumbrista de las mismas, ilustrado todo ello con fotografías de todos los paisajes de las islas orientales. De Lanzarote dice: «Es una isla de curiosidades», y más adelante comenta: «Verdaderos lugares de interés son numerosos en Lanzarote», para concluir en una de las más bellas descripciones que se han podido dar de Lanzarote por esta gama de viajeros ingleses y que reza como sigue: «En conjunto Arrecife es un estudio. Una mezcla de lo nuevo con lo limpio, de lo viejo con lo curioso, muy cercana a la bahía, islotes protegidos del mar, con una fuerte briza que cruza el Atlántico, de forma que los mismos barrios pesqueros huelen bien. Arrecife, con sus coloreadas colinas al fondo, tiene un aspecto agradable, siendo un lugar donde uno puede pasar toda la vida, dejando que el tiempo corra y que los años se sucedan uno al otro, hasta que uno se levante para darse cuenta que la juventud ya se ha ido, que el cabello se ha vuelto cano y que, sin embargo, nada ha sucedido en el tiempo»¹⁷.

Creemos que Olivia Stone no dejó un rincón sin conocer, porque sabemos de su paso por Arrecife, Haría, El Risco, Teguiise, Medaños, Yaiza, la Montaña de Fuego, El Lago, etc.; en cuanto a Fuerteventura se cuenta su estancia en Corralejo, Puerto Cabras, Oliva, Casilla del Ángel, Antigua, Pájara, Tiscamanita y otras muchas localidades. De esta última isla comenta: «La gente de esta isla al igual que las de Lanzarote parecen brillantes, alegres y divertidos» y continúa diciendo: «Lo más notable de esta calle principal de Puerto de Cabras es que crece en ella un tipo de planta-tabaco, *Nicotiana glauca* y entre las piedras de dicha calle así como bajo la sombra de las murallas crece como si de un pequeño bosque se tratara»¹⁸.

Las últimas páginas de Olivia Stone representan casi una especie de guía turística, aconsejando itinerarios con sus precios y aportando recetas de comidas así como la letra de una malagueña.

En definitiva, podemos declarar que la obra de Mrs. Stone fue un buen reclamo publicitario para Canarias, porque a lo largo de sus capítulos no cesa de piropear no sólo el paisaje, sino las buenas costumbres locales. A partir de este relato empieza a surgir un elevado número de turistas, especialmente ingleses, que utilizan nuestras islas no sólo como viaje de placer, sino para reposo en caso de enfermedad, pues se decidió que el Archipiélago era la residencia de invierno más apropiada para enfermos y necesitados de reposo, pero también para turistas.

Y ya finalmente, cuando el siglo XIX está llegando a su fin, arriba a Canarias una obra que desde 1889 hasta casi 1932 va a formar parte de ese aumento del turismo canario, nos referimos a *Madeira and the Canary Islands*, de Alfred Samler Brown, que, a modo de guía, explica al viajero lo más importante y aconsejable durante su estancia en las islas. Estas guías turísticas

¹⁷ STONE, O.: *Teneriffe and its six satellites*, London, 1887, Vol. II, pág. 307).

¹⁸ *Ibíd.*, pág. 341.

que proliferan tanto a finales del Ochocientos ya habían tenido un precedente en la Península Ibérica de la mano del inglés Richard Ford.

Alfred Samler Brown visita constantemente todas las islas con el fin de ir introduciendo las novedades de cada año. Su éxito fue inigualable en el Archipiélago como lo prueban las catorce ediciones de su libro. En esta información aparte de darnos la historia de nuestro pueblo hasta el siglo XIX, con los últimos sucesos acaecidos, se preocupa de los transportes, su precio y horario, los lugares de interés, sus excursiones, los alojamientos, etc. Por supuesto, que las islas orientales están contenidas en esta guía que ha recorrido toda América y Europa, dándonos a cambio un mayor número de turistas ¹⁹.

Actualmente los viajeros ingleses siguen acudiendo fieles a la cita anual del Archipiélago y algunos han decidido establecerse en ellas como lugar de trabajo, mientras otros ya jubilados gozan de sus encantos. Siguen preocupándose por los acontecimientos canarios y son muchas sus publicaciones que continúan teniendo a las islas como tema principal. Curiosamente, se edita una revista mensual en Tenerife, en inglés, bajo el nombre de *Island Gazette*, donde a modo de guía turística nos va contando las fiestas típicas canarias y su costumbrismo, al tiempo que en otras páginas aconseja qué visitar, qué comer y dónde alojarse.

Toda esta relación, nos lleva a una reconstrucción del pasado humano, demográfico y agrícola de nuestras islas, pues todas estas personas que nos han visitado en esos siglos vienen provistas de una capacidad de observación sólida, que luego saben plasmar en sus páginas o en sus lienzos. A pesar de su condición extranjera, representan una fuente de información positiva y de discutibles, pero estimulantes puntos de vista sobre la realidad insular y su posible mejora. En definitiva, lo que hemos intentado con este trabajo es destacar que tanto Lanzarote como Fuerteventura han sido también a lo largo de los siglos lugares elegidos en las rutas de los viajeros ingleses, extendiendo su importancia más allá de nuestros límites; por todo ello, consideramos que merecen un puesto en esta nuestra historiografía, al tiempo que salvamos para la posteridad nombres ya casi olvidados.

BIBLIOGRAFÍA

Anuario de Estudios Atlánticos, 1972, Las Palmas, núm. 18.

BERTHELOT, S.: «Primera Estancia en Tenerife» (1820-1830) (Traducción de Luis Diego Cuscoy), A.C.T., Tenerife, 1980.

BROWN, A. S.: «Madeira and the Canary Islands». London, 1889.

CIORANESCU, A.: «Thomas Nichols, mercader de azúcar, hispanista y hereje», La Laguna, 1963.

¹⁹ BROWN, A. S.: *Madeira and the Canary Islands*, London, 1889, pág. 2.

- DISTON, A.: «Costumes of the Canary Islands», London, 1829.
Periódico «El Isleño», Santa Cruz de Tenerife, 14 de enero de 1840.
GILLISPIE, A.: «Dictionary of Scientific Biography», New York, 1971.
GLAS, G.: «Descripción de las Islas Canarias 1764» (Traducción Constantino Aznar Acevedo). I.E.C., Tenerife, 1982.
MURRAY, E.: «Sixteen Years of an Artist's Life in Morocco, Spain and the Canary Islands», London, 1859, 2 volúmenes.
STEARNS, W. T.: «Philip Barker Webb and Canarian Botany», London, 1973.
STONE, O.: «Teneriffe and its six satellites», London, 1887, 2 volúmenes.
WOLLASTON, T. V.: «Catalogue of the Coleopterous Insects of the Canaries», London, 1864.